

CUCA CANALS

El joven

# POE



El viaje  
maldito



edebé

El joven



POE



El viaje  
maldito



CUCA CANALS

El joven



POE

El viaje  
maldito

edebé

© Cuca Canals, 2021

© de la edición: Edebé, 2021

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

Atención al cliente: 902 44 44 41

[contacta@edebe.net](mailto:contacta@edebe.net)

Directora editorial: Reina Duarte

Diseño de la colección: Book & Look

Ilustraciones interiores: Cuca Canals

1.<sup>a</sup> edición, octubre 2021

ISBN: 978-84-683-5494-1

Depósito legal: B. 7128-2021

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70/93 272 04 45).

*Con mi agradecimiento a  
José Castro y María Pérez Hervada.*



## CARTA A LOS LECTORES QUE LEEN UNA NOVELA MÍA POR PRIMERA VEZ

*Apreciado amigo o amiga:*

*Me llamo Edgar Allan Poe, tengo 12 años y vivo con mis padrastros en la calle Morgue de Boston, capital de Massachusetts.*

*Mi madre murió hace 5 años, pero mi padre está vivo, aunque esto lo averigüé hace poco. Descubrí que se había establecido en Dublín gracias a la información de un familiar lejano. Al parecer, nos abandonó tras la muerte de mi madre. Tengo 2 hermanos de sangre, Rosalie y William Henry. Los tres vivíamos juntos en un orfanato hasta que nos dieron en adopción y fuimos a parar a 3 familias diferentes. Por suerte, Rosalie, que acaba de cumplir 10 años, vive con sus padrastros a 2 calles de mi casa. En cambio, William Henry reside en Baltimore, a 399 millas de Boston.*

*Mis padres adoptivos tienen otro hijo, Robert Allan, de 17 años. No lo soporto. Me odia porque cree que voy a quedarme con el dinero de sus padres. Siempre se está peleando conmigo. Yo estoy convencido de que quiere matarme.*

*En la escuela me llaman «el Raro», pero a mí me da igual lo que digan los demás. ¿A quién perjudico siendo como soy? ¿Acaso no somos todos un poco raros? ¿Quién no tiene alguna manía? ¿No es peor la gente que declara ser normal y siempre está incordiando a los demás? Yo creo que ser raro significa ser único. Y eso, más que un defecto, me parece una virtud.*



*Me encanta hacer formas geométricas con todo; con el puré de patatas hago cuadrados; con las pequeñas piedras del jardín hago triángulos y en las superficies polvorientas dibujo círculos con la yema de mi dedo índice. No soporto que los objetos estén colocados uno al lado de otro y que se toquen entre sí; por ejemplo, los cubiertos o las tizas de colores. Cuando me voy a dormir, antes de cerrar los ojos, tengo que contar hasta 13. Bueno, es que soy algo supersticioso. Cada vez que voy a algún sitio en el que no he estado, tengo que formar un círculo caminando. Por las mañanas siempre salgo de la cama pisando el suelo de mi habitación con el pie derecho. ¡Si un día me equivoco, me quedo en la cama todo el día, aunque tengo que inventarme que estoy enfermo porque, de lo contrario, mis padrastros no me dejarían! Durante las noches de tormenta siempre me aseguro de dormir con la tripa cubierta y la ventana bien cerrada. Lo hago desde que leí que los fantasmas te pueden robar el ombligo y devorarte sin piedad.*



*Otra razón para que me tilden de raro es que mi padrastro es el dueño de una funeraria, un lugar que, por cierto, visito a menudo: cada vez que se enfada conmigo me envía allí a barrer. Eso ha hecho que, además de ser un experto en limpiar suelos, ya haya visto cientos de muertos. En concreto, 528 cadáveres hasta el día de hoy. Al principio me daban un poco de miedo y repelús, pero ahora solo me provocan una respetuosa indiferencia. A veces, cuando acabo de barrer, me echo una siesta en alguno de los ataúdes vacíos y agradezco a los difuntos que no le digan nada a mi padre adoptivo. Es una de las ventajas de vivir entre muertos: no molestan a nadie. Mientras barro, con la es-*

*coba me encanta hacer pequeños círculos de suciedad e imaginarme que el polvo se transforma en enormes escarabajos, cucarachas o arañas que reptan por las paredes. Son tan repugnantes que hasta los cadáveres resucitan al verlos.*

*Por una imposición de mi padrastro, un hombre muy pragmático, siempre visto de negro. Así, las manchas y el desgaste de mi ropa no se notan tanto y mi madrastra tiene menos trabajo conmigo. A día de hoy esta es la lista de la ropa que tengo (¡también me encanta hacer listas!).*

## **MI ROPA**

- 6 camisas de color negro*
- 4 jerséis de cuello alto de color negro*
- 1 chaleco de color negro*
- 2 abrigos de color negro*
- 2 pares de zapatos de color negro*
- 3 calzones de color negro*
- 6 camisetas de color negro*
- 3 camisonos de noche de color negro*

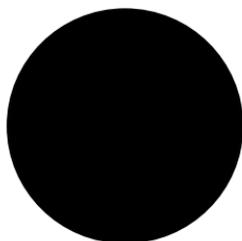
*Supongo que vestir de negro tampoco ayuda a que me vean como a un joven normal, pero no me importa porque es mi color preferido. Como la oscuridad y la noche. Me encanta adentrarme en la negrura. Cuando cierro los ojos, puedo hacer todo lo que quiero: desde imaginarme que estoy volando hasta enfrentarme a un ejército de bisontes. Sucede lo mismo que cuando escribes. Puedo inventarme mundos irreales, crear personajes maravillosos o incluso torturar a mi hermanastro Robert Allan. Por eso, cuando sea mayor, quiero ser escritor. Y, lo mejor de todo, con la imaginación puedo ver a mi difunta madre siempre que quiero. Se acerca a mí y los dos nos abrazamos.*

*Una vez en la clase de arte me pidieron que dibujara un plato de sopa y yo hice un rectángulo negro más o menos así:*



*Le dije al profesor que ahí dentro yo veía perfectamente un plato de sopa. Le pedí que utilizara la imaginación, pero, como la mayoría de los adultos, continuaba sin distinguir el plato.*

*Entonces concreté más el dibujo:*



*Hice un círculo y así conseguí que, al menos, se imaginara el plato. Eso sí, no aprobé el ejercicio porque no hubo manera de que viera la sopa.*

*Tengo un amuleto que, debo reconocerlo, no es muy «normal»: el ojo de un muerto que guardo en un pequeño frasco con formol. Lo robé hace tiempo de la funeraria de mi padrastro y lo llevo siempre en mi bolsillo. Además, me sirve como arma secreta de defensa. Si alguien me molesta, le aproximo el ojo y en el 99 % de los casos logro que me dejen en paz.*

*También tengo una mascota muy especial, un cuervo al que bauticé Neverland. ¡Es la única palabra que sabe pronunciar! La repite constantemente, así que no me costó mucho decidir el nombre. Vive en un saliente del tejado de nuestra casa y en invierno, cuando hace mucho frío, le dejo dormir en la buhardilla donde guardamos los muebles viejos. A veces me sigue a los sitios a los que voy, como si quisiera protegerme desde el cielo. Cuando me acompaña a la escuela, siempre le pido que se mantenga a una distancia prudente para que nadie sepa que Neverland y yo somos amigos. Mi hermana pequeña Rosalie es de las pocas personas que lo conoce. Mi padrastro y mi hermanastro, por supuesto, no saben ni que existe porque, si se enteraran, estoy seguro de que lo desplumarían y descuartizarían sin pensárselo dos veces.*

*Además de ir a la escuela, me dedico a vender sustos. Sí, vendo sustos de asustar. A cambio de una pequeña cantidad de dinero, mis clientes pueden elegir uno de los muchos que les ofrezco. ¿Que para qué sirven? Muy fácil. Para amedrentar a la persona que más deteste el cliente. Incluso he hecho un catá-*



logo donde explico paso a paso cómo llevarlos a cabo. Vendo desde sustos para sobrecoger a padres crueles o a hermanos mayores aprovechados, hasta sustos para vengarse de profesores injustos o tutores despiadados.

*Asimismo colaboro con Auguste Dupin, el afamado inspector de la policía de Boston. Ya le he ayudado a resolver varios casos. Entre ellos, los crímenes de la calle Morgue, el del escarabajo de oro o el caso del gato negro. A cambio, siempre recibo una generosa recompensa.*



*Mi sueño es reunir el dinero necesario para que mis 2 hermanos verdaderos y yo podamos ir a buscar a nuestro padre a Dublín, en Irlanda. Después de muchas vicisitudes y gracias a la ayuda del inspector y del gobernador Ernest Huger, por fin hemos conseguido los pasajes de barco para ir a la vieja Europa. Aquí os cuento todo lo que nos pasó durante ese viaje. ¡Os adelanto que no pararon de sucedernos todo tipo de peripecias! Desde ser detenidos hasta poner nuestras vidas en peligro. Así que, sin más demora, os presento mi noveno relato.*

*Espero que os lo paséis de miedo.*

*Muchísimas gracias por todo y un gran saludo.*

*Edgar Allan Poe*

## EL BARCO FANTASMA



Por fin habíamos zarpado desde Boston en dirección a Irlanda en busca de mi padre. Emocionados, Rosalie, William Henry y yo no dejábamos de pensar que en unas semanas podríamos abrazarle. Sin embargo, una inesperada inquietud me impedía dormir. Presentía que algo terrible estaba a punto de suceder. La tercera noche de travesía, alrededor de medianoche, salí de nuestro camarote y subí a cubierta. El mar estaba cada vez más agitado. Como yo, había más personas en la cubierta del velero.

—Este color de cielo es un mal presagio —oí decir a un miembro de la tripulación.

Me sobresaltó un ruido fuerte e intenso, semejante al producido por el giro veloz de la rueda de un molino y, antes de que pudiera averiguar su significado, percibí una vibración en el centro del barco. Instantes después se desplomó sobre nosotros un furioso mar de espuma que barrió la cubierta de proa



a popa. El mástil principal cayó al suelo y, a continuación, los otros dos. La extrema violencia de la ráfaga solo duró unos segundos y fue, en gran medida, la salvación del barco. Aunque totalmente cubierto por el agua, después de un minuto, el mástil principal se levantó, salió a la superficie y, tras vacilar algunos instantes bajo la presión de la tempestad, se enderezó de nuevo. Los otros dos mástiles del velero se habían partido en dos. Todo sucedió en unos pocos minutos. Algunos pasajeros fueron empujados al mar. Otros, los más afortunados, nos agarramos donde pudimos. Yo estaba conmocionado. Mi primer instinto fue ir a buscar a mis hermanos, pero no conseguía moverme. Me resultaría imposible explicar qué milagro me salvó de salir disparado y morir ahogado. Aturdido por el choque del agua, al volver en mí, me encontré estrujado entre dos pequeños botes salvavidas.



Era tremendo el remolino de olas enormes y llenas de espuma en que estábamos sumidos. Algunos cadáveres pasaban frente a mí. Miraba sus rostros con el corazón encogido, pensando que podían ser mis hermanos. Los pocos pasajeros que estaban en cubierta ya habían sido arrastrados. Por fin me puse de pie con gran dificultad y, al mirar más allá del barco, completamente mareado, tuve la impresión de que nos encontrábamos en el ojo de un huracán. Instantes después oí la voz de un anciano, al que re-

cordaba porque había embarcado poco antes de que el barco zarpara. Lo llamé con todas mis fuerzas y, al rato, se me acercó tambaleante. No tardamos en descubrir que éramos los únicos supervivientes. A excepción de nosotros dos, las olas acababan de barrer todo lo que se hallaba en cubierta; el capitán y los oficiales debían de haber muerto sin tiempo a reaccionar, mientras dormían. Los camarotes estaban totalmente anegados. Mis hermanos, por tanto, también debían de estar muertos. El anciano y yo estábamos conmocionados. Sin ayuda, era poco lo que podíamos hacer y nos paralizó la convicción de que no tardaríamos en caer al agua. Navegábamos a una velocidad tremenda y las olas rompían sobre nosotros. El maderamen de popa estaba hecho añicos y todo el velero había sufrido gravísimas averías.

Lo que estábamos viviendo era inexplicable, mucho peor que un huracán. Durante 2 días y 2 noches, en los que no pudimos comer nada, la carcasa del barco avanzó a una velocidad imposible de calcular, impulsada por sucesivas ráfagas que eran más espeluznantes que cualquier otra tempestad que hubiéramos vivido. El frío era cada vez más intenso, pese a que el viento había girado un punto hacia el norte. El sol nacía con una enfermiza coloración amarillenta y trepaba apenas unos grados sobre el horizonte, sin irradiar una decidida luminosidad. Permanecíamos sumidos en una profunda oscuri-



dad, hasta tal punto que no hubiéramos podido ver un objeto a pocos pasos del barco. Una noche perpetua continuaba envolviéndonos. Y el peligro también. Cada instante amenazaba con ser el último de nuestras vidas. Olas enormes, como montañas, se precipitaban para abatirnos. El oleaje sobrepasaba todo lo que yo hubiera imaginado y de nuevo pensé que era un milagro que no zozobráramos instantáneamente.



Me preparaba para una muerte inevitable, porque con cada nudo que el barco recorría, el mar negro y tenebroso adquiría más violencia, cuando, de repente, percibí un leve resplandor. Se trataba de una luz mortecina y rojiza que recorría los costados del inmenso abismo en que nos encontrábamos y que arrojaba cierto brillo sobre nuestra cubierta. Al levantar la mirada, contemplé un espectáculo que me heló la sangre. A una altura tremenda, directamente encima de nosotros y al borde mismo del precipicio líquido, flotaba un gigantesco navío. Su tamaño excedía el de cualquier barco de línea. Su enorme casco era de un negro profundo y sucio y no lo adornaban los acostumbrados mascarones de los navíos. Una hilera de cañones de bronce asomaba por las portañolas que se abrían y cerraban por la acción del viento, emitiendo unos crujidos desesperantes. Pero lo que más asombro y estupefacción nos provocó fue que, en medio de ese mar sobrenatural y

de ese huracán ingobernable, navegara con todas las velas desplegadas. Al verlo por primera vez solo distinguimos su proa, hasta que poco a poco fue alzándose sobre nuestras cabezas. El inmenso velero se precipitaba sobre nosotros. Íbamos a chocar.

El estruendo fue impresionante.

En ese instante, no sé qué repentino dominio de mí mismo surgió de mi espíritu. Retrocedí todo lo que pude hacia popa y allí esperé, ya sin temor, la catástrofe. Nuestro barco había abandonado por fin la lucha y su estructura se hundía desde la proa en el mar. En consecuencia, el resultado inevitable fue que me vi lanzado con una violencia irresistible hacia el agua. No volví a ver al anciano, que sin duda habría salido disparado como yo tras el impacto.

Iba a morir ahogado, así que dirigí mis pensamientos a mi madre. Y entonces, ocurrió algo extraordinario. Frente a mis ojos, una cuerda se balanceaba. Trepé por ella agarrando mis pies en los nudos hasta llegar a la cubierta. En ese instante la gigantesca nave viró y se escoró; supuse que la consiguiente confusión propia de aquella tormenta habría impedido que la tripulación reparara en mi presencia. Me dirigí sin ser visto hasta alcanzar la escotilla superior, que se encontraba parcialmente abierta, y pronto me vi en una especie de bodega, donde me oculté para pensar qué debía hacer o cómo proceder. Cuando me recuperé levemente



para salir, me crucé con un tripulante, pero no me dijo nada. Parecía ausente. Lo mismo me sucedió con un segundo marinero que vi. Y de golpe comenzaron mis sospechas. Los tripulantes de ese navío me provocaron una indefinible sensación de temor. Así, me reafirmé en mi decisión de seguir oculto y retrocedí de nuevo a la bodega. Me oculté tras un enorme tonel de vino y esperé. Junto a mi escondite pasaron 2 hombres. No alcancé a verles el rostro, pero avanzaban con pasos débiles y andar inseguro. Me pareció que estaban en los huesos. Les temblaban las rodillas y sus cuerpos parecían agobiados por una gran carga. Murmuraban en voz baja, como hablando consigo mismos. Tal vez en un idioma que yo no comprendía. No obstante, traté de entender sus palabras entrecortadas y, sin querer, tropecé con una botella caída. Los dos hombres ni siquiera se inmutaron, pasaron de largo sin mirarme. Ocultarme no tenía ningún sentido, porque esa gente me ignoraba.



Cada vez más inquieto, me orienté hasta localizar el camarote del capitán. Nadie me impidió el paso ni dio señales de verme. Llamé con los nudillos y la puerta se abrió. Por suerte, ahí estaba. Me acerqué a él e intenté tocarle. Y me quedé helado. Mi mano atravesó su cuerpo. ¿Cómo era posible? Solo había una explicación. Había ido a parar a un barco fantasma.

Estando con el capitán, confirmé mi teoría. Era un muerto viviente. Salí espantado a cubierta. Ninguno de esos hombres eran seres vivos. Me impresionaron sus rostros, pálidos como la muerte. Me acerqué a ellos. Grité. Y nada. No me prestaron la menor atención, ignoraban completamente mi presencia. Creí que iba a enloquecer, pero aún me faltaba una sorpresa mayor. Un descubrimiento terrible. Me vi reflejado en un charco de agua, y comprobé que yo también era un fantasma, un muerto viviente, mi cara estaba blanca como la cal. Sin duda, estaba condenado junto a aquellos desgraciados marineros a flotar indefinidamente por toda la eternidad. Vagaríamos de aquí para allá como fantasmas de siglos ya enterrados.

